

# PROFESIÓN PROFESOR. ¿SABIO, ÁNGEL O DEMONIO?<sup>1</sup>

**Fernando Cortes Leal**

Profesor especializado en Administración Escolar, Portugal

Me pregunto: ¿El profesor es un generalista o un especialista?

Nuestra cómplice modernidad civilizada en la que la muerte de una mediática hormiga escamotea el homicidio de un anónimo elefante blanco, nos invita a una sencilla especulación existencial: ¿el desempeño profesional del Profesor es, en los turbulentos días que transcurren, escenario o platea del saber?

La respuesta del sabio es simple: "Dime lo que quieres aprender y te diré donde puedes encontrar la información que procuras". La respuesta del loco sería con seguridad otra: "Dime lo que sabes y yo aprenderé contigo". A su vez, el profesor diría: "¡Enséñame, y ambos aprenderemos!".

Quiero con ello insinuar que de sabios, de locos y de aprendices, todos los profesores deben tener un poco y que la disponibilidad para el hetero-aprendizaje es hoy una contingencia necesaria para la supervivencia de la especie social en que se constituyó el profesorado. En otras palabras: sólo está en condiciones de enseñar quien está disponible para aprender permanentemente.

Casi me atrevería a decir que los alumnos de hoy sólo no saben más (o fingen no saber) porque la "adulocéntrica" y "concentracionaria" sapiencia de padres, de educadores y de profesores es, en cuanto manifiesto mecanismos paternalistas de autodefensa, una emparedada fórmula para, de cara a la mirada ajena (sobretudo de los más jóvenes), mantenerlos enciclopédicamente intocables. En esta senda, el profesor tradicional de hoy (es decir, aquel que no rompió amarras con el pasado anclando en él todo su imaginario) casi se asemeja al abuelito contador de historias de ayer, en la medida en que apenas trasmite a los demás aquello que él mismo ha vivido, presenciado y empíricamente aprendido, convirtiendo el dogma de Santo Tomás ("ver para creer") en algo similar a "si quieres saber, aprende lo que yo sé". Se trata, en este tamiz, de inscribir el lecho del conocimiento en los márgenes de su memorial de vida, como si – tal vez para júbilo de su autoestima - los nuevos tiempos lo eligiesen como hijo primogénito de la más perfecta de las generaciones.

Ahora, preguntémosnos: ¿qué sabe el profesor? Sabe, con seguridad, de su especialidad (por lo menos académica y científicamente a ella está vinculado); como persona (única e intransmisible) sabe de si mismo y como ciudadano sabe también de los demás. Teje, ante el mundo que lo rodea, sus propios juicios de valor, que son, casi invariablemente, los de su tiempo. No obstante, como profesor, viste el uniforme de una arrastrada sapiencia: un matemático, por ejemplo, dirá irreductiblemente que dos más dos son cuatro. Con todo, tal vez el alumno (o el mismo profesor de lengua materna en el aula contigua) pueda legítimamente preguntar si las parcelas a sumar son cualitativamente iguales. O tal vez, por la estado de las costumbres instaladas, ni alumnos ni profesores osen cuestionar (pero antes ambos a su manera puedan

---

<sup>1</sup> Traducción de Patricia Pereyra

dudar) si no hay nada más, más allá del contenido y programado discurso académico dogmáticamente inscrito en la pura y sencilla cuantificación de las cosas. O sea: el saber escolar tiene una métrica relativista, ora por la mirada especializada del profesor, ora por una mirada (más desinhibida, generalista y naturalmente más ingenua) de la persona que es el alumno. Lamentablemente, el profesor apenas sabe hablar de su especialidad y, en el mejor de los casos, también sabe hablar de sí mismo, pero no será para decir que, al revés de los días que transcurren, en su tiempo las cosas eran mucho mejores y diferentes. Sin embargo, tal como *Velhos do Restelo*<sup>2</sup>, también esta misógina lectura de nuestra turbulenta contemporaneidad revela lo que se necesita para constatar que la disponibilidad para aceptar los exigentes y complejos desafíos de nuestra común modernidad existencial nos sitúa de nuevo en una platónica idolatría de las sombras que un día fueron nuestras pero que hoy ya son necesariamente otras, quizás más volátiles pero seguramente más detenidas en el tiempo en que se realiza sucesivamente el acontecer.

Cuestionémonos: ¿qué hay de equivocado en todo ello? Nada, a no ser la perspectiva cultural y generacional por la cual se vive (o pasivamente se contempla) el mundo actual; un mundo en repentina y en sobresaltada innovación y por eso manifiesto apelativo de la transformación del contenido funcional de la profesionalidad docente; un mundo exigente; pero que no sea por la imprevisión que advenga de su futuro, pero también por ello, más escaso de profesores contemporáneos de su historia presente.

En resumen, también el profesor de hoy es, naturalmente y de forma asumida, un aprendiz, aunque más no sea porque vive en un tiempo y en un espacio social de permanente reconfiguración de sus templos de enseñanza, de aprendizaje y de cómplice socialización. Me preguntarán: ¿qué resta del profesor de otros tiempos? Contesto: la experiencia necesaria para que la profesión en sí misma no se agote y pueda ser condignamente repensada.

---

<sup>2</sup> O Velho do Restelo, personaje creado por Luis de Camões en el Canto IV de Los Lusíadas. Es un personaje resentido, egoísta, acomplejado, para quien pocas cosas valen la pena. (Nota del Editor)

**Contactar**

**Revista Iberoamericana de Educación**

**Principal OEI**